

trados, dos ó tres médicos ilustres, y rechazaba con modestas actitudes los elogios que le hacían sobre la tertulia, y las alusiones á su riqueza.

Por todas partes circulaba la servidumbre galoneada de oro. Los grandes candelabros, como ramos de fuego, iluminaban los tapices de las paredes, reproduciéndose en los espejos; y allá en el fondo del comedor, en que lucía una enredadera de jazmines, el *buffet* parecía un altar mayor de catedral, ó una exposición de platería; tantos eran los platos, las campanas, los cubiertos y cucharones de plata y plata sobredorada que había, en medio de la cristalería de facetas, que cruzaban por cima de las viandas resplandores irisados. Los otros tres salones se veían repletos de objetos de arte, paisajes de maestros en los testers, marfiles y porcelanas en las mesas, cachivaches de China en las consolas; biombos de laca doblábanse delante de las ventanas, grupos de camelias salían del suelo hasta las chimeneas, y una música ligera vibraba de léjos como susurro de abejas.

Las cuadrillas no eran numerosas, y los bailarines, en la manera displicente con que arrastraban los zapatos, parecían cumplir un deber. Federico oyó frases como estas:

—¿Ha estado usted en la última fiesta de beneficencia, en el hotel Lambert, señorita?

—No, señor.

—¡Pronto va á hacer un calor!...

—Verdad, asfixiante.

—¿De quién es esta polka?

—No lo sé, señora.

Y detrás de él, tres vejestorios, colocados en el hueco de una ventana, cuchicheaban sobre asuntos obscenos; otros hablaban de ferrocarriles, libre-cambio; un *sportman* contaba una historia de caza, un legitimista y un orleanista discutían.

Vagando de grupo en grupo, llegó al salón de los jugadores, donde, en un círculo de gentes graves, vió á Martinon, agregado por entonces á los tribunales de la capital.

A su ancha cara color de cera, cuadraba perfectamente su barba, que era una maravilla por lo idénticamente igualados que estaban los pelos negros, y guardando un justo medio entre la elegancia exigida por su edad y la dignidad que reclamaba su profesión; colocaba su dedo pulgar en el hueco del chaleco, según la costumbre de los gomosos, y luego su mano en el escote, á la manera de los doctrinarios llevaba las botas extracharoladas; usaba afeitadas las sienes, para formarse así una frente de pensador.

Después de algunas frases dichas con frialdad, se volvió á su conciliábulo.



Un propietario exclamaba:

—Es esa una clase de hombres que sueñan con trastornar la sociedad.

—¡Piden la organización del trabajo!—expuso otro—¿Se concibe eso?

—¿Qué quiere usted—contestó un tercero—cuando vemos al señor de Genoude, dar la mano á *El Siglo*?

—¡Y los mismos conservadores llamarse progresistas! Para traernos ¿que? ¡la República! ¡como si fuera posible en Francia!

Todos convinieron en que la República era imposible en Francia.

—No importa—observó en alta voz un caballero.—Se ocupan demasiado de la revolución; se publican acerca de esto, un montón de historias, de libros...

—Sin tener en cuenta—dijo Martinon—que hay quizás asuntos más serios de estudio.

Un ministerial habló de los escándalos del teatro:

—Así, por ejemplo, ese drama nuevo *La reina Margarita*, pasa verdaderamente de los límites. ¿Dónde estaba la necesidad de que nos hablaran de los Valois? Todo eso presenta la realza bajo un aspecto desfavorable. ¡Como la prensa! Las leyes de Septiembre, dígame lo que se quiera, son demasiado suaves; yo desearía tribunales militares para enmudecer á los perio-

distas; á la menor insolencia, llevarlos ante un consejo de guerra, y andando.

—¡Cuidado, caballero, cuidado!—dijo un profesor.—¡No ataque usted á nuestras preciadas conquistas de 1830! respetemos nuestras libertades. Era preciso descentralizar; más bien; distribuir el excedente de las poblaciones en los campos.

—¡Pero si están gangrenadas!—exclamó un católico.—Haga usted que se afirme la Religión.

Martinon se apresuró á decir:

—Con efecto; ese es un freno.

Todo el mal estaba en ese afán moderno de elevarse todo el mundo por encima de su clase, de gozar el lujo.

—Sin embargo—objetó un industrial—el lujo favorece al comercio. Así es, que yo aplaudo que el duque de Nemours exija el calzón corto para sus tertulias.

—Thiers ha ido á ellas con pantalón. ¿Conoce usted su frase?

—Sí, encantadora. Pero huele á demagogo, y su discurso en la cuestión de las incompatibilidades no ha dejado de tener su influencia en el atentado del 12 de Mayo.

—¡Ah, bah!

—¿Eh? ¿eh?

El círculo aquel se vió obligado á romperse



para dar paso á un criado que llevaba una bandeja, y trataba de entrar en el salón de los jugadores.

Debajo de las pantallas verdes de las bujías, hileras de cartas y de monedas de oro, cubrían la mesa. Federico se detuvo delante de una, perdió las trescientas pesetas que llevaba en el bolsillo, hizo una pirueta, y se encontró en el dintel del gabinete en que entonces se hallaba la señora de Dambreuse.

Llenábanlo las mujeres, unas junto á otras, en sillas sin respaldo. Sus largas faldas, ahuecadas á su alrededor, parecían olas de que surgían sus talles, ofreciéndose á las miradas sus senos en los escotes de los cuerpos. Casi todas llevaban un ramo de violetas en la mano. El tono mate de sus guantes hacían resaltar la blancura hermanos de sus brazos; flequillos y yerbas colgaban sobre sus hombros, y podría creerse, en ciertos estremecimientos, que el traje iba á resbalar. Pero la decencia de las figuras templaba las provocaciones del vestido, muchas hasta tenían una placidez casi bestial; y aquel conjunto de mujeres medio desnudas, hacía soñar con el interior de un harem. A la mente del joven vino una comparación más grosera. Con efecto, toda clase de bellezas se encontraban allí; inglesas de lindo perfil, una italiana, cuyos ojos negros fulguraban como un Vesubio, tres

hermanas vestidas de azul, tres normandas, frescas como manzanos en mes de Abril, una rusa alta con aderezo de amatistas. Y los blancos destellos de los brillantes que temblaban en forma de piochas entre los cabellos, los focos luminosos de la pedrería colocada sobre los pechos, y el suave brillo de las perlas que daban tono á los semblantes, se mezclaban con los resplandores de las sortijas de oro, los encajes, los polvos, las plumas, el bermellón de las boquitas, el nácar de los dientes. El techo redondeado como una cúpula, daba al gabinete la figura de una cesta de flores; y una corriente de aire perfumado circulaba á impulso del movimiento de los abanicos.

Federico, situado detrás de ellas con su lente en el ojo, no juzgaba todos los hombros irreprochables; pensaba en la Mariscalá, contentiendo ó consolando así sus tentaciones.

Se fijaba, sin embargo, en la señora de Dambreuse, encontrándola encantadora á pesar de su boca grande y sus narices demasiado abiertas; pero su gracia era particular. Los bucles de sus cabellos tenían como una languidez apasionada; y su frente color de agata parecía contener muchas cosas y revelaba un maestro.

Había llevado á su lado á la sobrina de su marido, joven bastante fea. De cuando en



cuando, se levantaba para recibir á los que llegaban; y el murmullo de las voces femeninas, aumentando, formaba como una charla de pájaros.

Tratábase de los embajadores tunecinos y de sus trajes. Una señora había asistido á la última recepción de la Academia; otra habló del *Don Juan*, de Molière, recientemente representado en los Franceses. Pero señalando con una mirada á su sobrina, la señorita de Dambreuse puso un dedo en la boca, y una sonrisa que se le escapaba desmentía aquella austeridad.

De repente se presentó Martinon, de frente, por la otra puerta. Levantóse ella; ofrecióle él su brazo. Federico, para verle seguir en sus galanterías, atravesó las mesas de juego y les encontró en el gran salón; la señora de Dambreuse dejó al punto á su caballero, y le habló familiarmente.

Comprendía que no jugara, que no bailara.

—En la juventud se está triste.

Después, recogiendo en una sola mirada el baile, añadió:

—Además todo esto no es muy divertido, para ciertas naturalezas á lo menos.

Y se detenía delante de la fila de sillones, distribuyendo acá y allá palabras amables,

mientras que los viejos que llevaban lentes, venían á hacerle la corte. Presentó á algunos á Federico. El Sr. Dambreuse le tocó en el codo lijeramente y le llevó fuera, á la terraza. Había visto al Ministro; la cosa no era fácil; antes de ser presentado como auditor en el Consejo de Estado, se debía sufrir un examen. Federico, poseído de una confianza inexplicable, dijo que sabía las materias. El financiero no se sorprendió en vista de los elogios que de él hacía el Sr. Roque.

Al oír aquel nombre, Federico veía á la pequeña Luisa, su casa, su cuarto; y se acordó de las noches semejantes, en que permanecía á su ventana oyendo el paso de los carreteros. Aquel recuerdo de sus tristezas despertó el pensamiento de la señora de Arnoux, y callaba mientras seguía andando por la terraza. Los cristales formaban en medio de las tinieblas grandes planchas rojas; el ruido del baile se debilitaba; los carruajes empezaban á irse.

—¿Por qué—repuso el Sr. Dambreuse—se fija usted en el Consejo de Estado?

Y afirmó con un tinte liberal, que las funciones públicas no llevaban á ninguna parte; de esto él sabía algo; los negocios valían más. Federico objetó la dificultad de aprenderlos.

—¡Ah, bah! en poco tiempo yo le enseñaré á usted.



¿Quería asociarse á sus empresas? El joven divisó como en un relámpago una inmensa fortuna que iba á llegarle.

—Entremos—dijo el banquero—Cena usted con nosotros ¿no es verdad?

Eran las tres, ya se iban. En el comedor, una mesa servida esperaba á los íntimos. El señor Dambreuse vió á Martinon, y acercándose á su mujer, le preguntó en voz baja:

—¿Le has invitado tú?

Ella contestó secamente:

—Sí.

La sobrina no estaba allí. Se bebió muy bien, se rió muy alto y no chocaban atrevidas gracias, experimentando todos ese alivio que sigue á la sujeción, cuando es algo larga. Solo Martinon se manifestó serio; rehusó beber vino de Champagne por buen gusto; listo por otra parte y muy fino, al Sr. Dambreuse que tenía el pecho hundido y se quejaba de opresión, le preguntaba muchas veces por su salud, y aséguida dirigía sus ojos azulados del lado de la señora.

Interpeló ésta á Federico para saber qué muchachas le habían gustado; dijo él que no se había fijado en ninguna, prefiriendo, además, á las mujeres de treinta años.

—Eso quizás no sea tonto—respondió ella.

Luego, al ponerse los abrigos de pieles y gabanes, el Sr. Dambreuse le dijo:

—Venga usted á verme una de estas mañanas, hablaremos.

Martinon al pié de la escalera, encendió un cigarro; y presentaba, al chuparlo, un perfil de tal modo basto, que su compañero largó esta frase:

—Buena cabeza tienes, palabra.

—Por ella se han perdido algunos otros—contestó el joven magistrado, con aire á la vez convencido y picado.

Federico, al ausentarse, resumió la tertulia. Primero su traje (se había mirado muchas veces en los espejos), desde el corte del frac hasta el lazo de los zapatos, nada dejaban que desear; había hablado con hombres importantes, había visto de cerca mujeres ricas; el Sr. Dambreuse se había mostrado excelente y la señora Dambreuse casi afectuosa. Pero una por una sus menores frases, sus miradas, mil cosas, inanalizables, y sin embargo, expresivas. ¡Qué hermoso sería resueltamente tener una amante como ella!

¿Por qué no, después de todo? Valía tanto como cualquier otro ¡quizás no fuese tan difícil y al punto recordó á Martinon; y durmiéndose se sonreía compasivamente de aquel buen muchacho.



La idea de la Mariscala le despertó; aquellas frases de su carta: «A partir de mañana por la noche» eran una cita indudablemente para aquel mismo día. Esperó hasta las nueve y corrió á su casa.

Alguno que subía la escalera delante, cerró la puerta. Llamó, Delfina vino á abrir y aseguró que la señora no estaba. Federico insistió, rogó; tenía que participarle algo muy grave, una palabra solamente. Por fin el argumento de la moneda de veinte pesetas triunfó, y la criada le dejó solo en la antesala. Rosanette se presentó, estaba en camisa con el pelo suelto, y moviendo la cabeza, le hizo señas con los brazos de que no podía recibirle.

Federico bajó la escalera despacio. Aquel capricho pasaba más allá de todos los demás, y no comprendía nada de aquello.

Delante de la portería, le detuvo la señorita Vatnaz.

—¿Le ha recibido á usted?

—No.

—¿Le han puesto á usted á la puerta?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo figuro; pero venga usted; me ahogo.

Y le llevó hasta la calle, jadeante, sintiéndose temblar su flaco brazo en el de Federico. De repente estalló:

—¡Miserable!

—¿Quién?

—¡Pues él! ¡Delmar!

Aquella revelación humilló á Federico, que dijo:

—¿Está usted segura?

—¡Cuando le digo á usted que le he seguido! —exclamó la Vatnaz—le he visto entrar. ¿Comprende usted ahora? Debía esperarlo, por otra parte; soy yo, con mi necedad, quien le ha traído á su casa. ¡Y si usted supiera, Dios mío! Yo le he recogido, le he mantenido, vestido; y todas mis gestiones por los periódicos? Le amaba como una madre.

Después, con una sonrisita amarga, añadió:

—El caballero necesita trajes de terciopelo; una especulación de su parte, como usted comprenderá. ¿Y ella? ¡Decir que yo la he conocido confeccionando ropa blanca! Sin mí, más de veinte veces hubiera caído en el fango. Pero en él la hundiré; ¡ah! sí; quiero que reviente en el hospital. Se sabrá todo.

Y como un torrente de agua sucia llena de inmundicias, su cólera contó á Federico tumultuosamente todas las vergüenzas de su rival.

—Ha sido amante de Jumillac, de Flacourt, del pequeño Allard, de Bertinaux, de San Valerio, el pecoso de viruelas. No; el otro; son dos hermanos; lo mismo da. Y cuando tenía apuros yo lo arreglaba todo. ¿Qué iba yo ganando? ¡Es



tan avara! Y luego, como usted comprenderá, es una complacencia de mi parte violenta, porque al cabo, no es ella de mi círculo. ¿Soy yo, acaso, una *chica*? ¿me vendo yo? Sin contar con que es tonta como una berza; escribe categoría con *q*. Por lo demás, bien están juntos; forman pareja, aunque se titule él artista y se crea un género. Pero ¡Dios mío! si tuviera entendimiento siquiera, no habría cometido semejante infamia. No se deja á una mujer superior por una bribona; me río de eso, después de todo! Se vá volviendo feo; le execro. Si le encontrara, mire usted, le escupiría en la cara,—Y escupió.—Sí; vea usted el caso que hago yo ahora de él. Y Arnoux, ¿eh? ¿No es eso abominable? ¡La ha perdonado tantas veces! ¡No se imagina uno sus sacrificios; debería besar sus piés! ¡es tan generoso, tan bueno!

Federico gozaba oyendo denigrar á Delmar; había aceptado á Arnoux. Aquella perfidia de Rosanette le parecía una cosa anormal, injusta, y contagiado por la emoción de la solterona, llegó á sentir por ella como enternecimiento. De repente se encontró delante de la puerta de Arnoux; la señorita Vatnaz, sin que él lo advirtiera, le había hecho bajar por el barrio Poissonnière.

—Ya estamos—dijo—yo no puedo subir; pero á usted nada se lo impide.

—¿Para qué?

—Para decírselo todo, pardiez.

Federico, despertándose sobresaltado, comprendió la infamia á que le empujaban.

—¿Y bien?—preguntó ella.

Levantó él los ojos hacia el segundo piso. La lámpara de la señora de Arnoux ardía; nada efectivamente le impedía subir.

—Yo le espero á usted aquí. Vaya usted.

Aquella orden acabó de enfriarle, y dijo:

—Permaneceré arriba bastante tiempo. Mejor haría usted en volverse; iré mañana por su casa de usted.

—No, no—replicó la Vatnaz, dando con el pie en el suelo. Cójale usted, lleveselo usted, haga usted que les sorprenda.

—Pero Delmar ya no estará allí.

Ella bajó la cabeza:—Sí, quizás sea verdad. Y permaneció sin hablar en medio de la calle, entre los coches; después, fijando en él sus ojos de gata salvaje, dijo:

—Puedo contar con usted ¿verdad? Entre nosotros dos este asunto es sagrado; haga usted lo dicho, hasta mañana.

Federico, al atravesar el comedor, oyó dos voces disputando. La de la señora de Arnoux, decía:

—¡No mientas, no mientas más!

Entró y se callaron.



Arnoux se paseaba á lo largo y lo ancho de F cuarto, y la señora estaba sentada en la sillita junto al fuego extremadamente pálida, con la vista fija. Federico hizo un movimiento para retirarse; Arnoux le cogió de la mano, juzgándose feliz por el socorro que le llegaba.

—Pero temo...—dijo Federico.

—¡Quédese usted!—le sopló por lo bajo Arnoux en el oído.

La señora, añadió:

—Es preciso ser indulgente, Sr. Moreau. Estas son cosas que se ven algunas veces en los matrimonios.

—O que se provocan en ellos—dijo aturdidamente Arnoux.—¡Las mujeres tienen unos antojos! Esta, por ejemplo, no es mala; no, al contrario; pues bien, se divierte hace una hora en molestarme con un montón de historias.

—Que son verdaderas—replicó la señora impaciente.—Porque el hecho es que tu lo has comprado.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo ¡en El Persal!

La cachemira — pensó Federico, que se consideraba culpable y tuvo miedo.

Ella añadió enseguida:

—Fué el mes pasado, sábado 14.

—Precisamente ese día estaba yo en Creil aunque ya ves.

—De ninguna manera; porque hemos comido en casa de los Bertin, el 14.

—¿El 14...?—dijo Arnoux levantando los ojos como para buscar una fecha.

—Y hasta era rubio el dependiente que te la vendido.

—¿Puedo yo acordarme del dependiente?

—Sin embargo, ha escrito, dictándoselo tu, las señas: calle Laval, 18.

—¿Cómo sabes tu eso?—dijo Arnoux estupefacto.

Ella se encogió de hombros.

—Es muy sencillo; he ido á que me arreglen mi cachemira, y uno de los jefes de sección me ha dicho que acababan de enviar una parecida á casa de la señora de Arnoux.

—¿Es culpa mía si hay en la misma calle otra señora de Arnoux?

—Sí, pero no Jacobo Arnoux—contestó ella.

Entonces se puso él á divagar, protestando de su inocencia. Era aquello una equivocación, una casualidad, una de esas cosas inexplicables que suceden. No debe condenarse á las gentes por simples sospechas, vagos indicios; y citó el ejemplo del infortunado Lesurques.

—En fin, aseguro que te engañas. ¿Quieres que te lo jure?

—No merece la pena.



—¿Por qué?

Miróle ella de frente, sin decir nada, después alargó la mano, cogió el cofrecillo de plata de encima de la chimenea y le dió una factura grande abierta.

Arnoux se puso rojo hasta las orejas y sus facciones descompuestas se hincharon.

—¿Y ahora?

—Pero...—respondió—¿qué prueba esto?

—¡Ah!—dijo ella con entonación de voz singular, en que había ironía y dolor—¡Ah!

Arnoux conservó la cuenta entre sus manos y le daba vueltas sin apartar de ella los ojos como si hubiera de encontrar allí la solución de un gran problema.

—¡Ah! sí, sí, ya recuerdo—dijo por fin.—Es un encargo. Federico, usted debe saber esto.—Federico callaba.—Una comisión que me había encargado... el tío Oudry.

—¿Y para quién?

—Para su amante.

—Para la tuya—exclamó la señora, poniéndose de pié.

—Te juro...

—No empieces de nuevo; lo sé todo.

—¡Ah! ¡perfectamente! ¡así se me espía!

—¡Eso ofende quizás tu delicadeza!—replicó ella con frialdad.

—Desde el momento en que nos incomoda-

mos—contestó Arnoux, buscando su sombrero—y no hay medio de razonar...

Después añadió, dando un gran suspiro:

—No se case usted, pobre amigo, no; créame usted.

Y se marchó porque tenía necesidad de tomar el aire.

Entonces hubo un gran silencio; y todo en la habitación parecía más inmóvil. Un círculo luminoso, por encima de la lámpara, blanqueaba el techo, mientras que en los rincones se extendía la sombra como gasas negras superpuestas; oíase el tic tac del reló y el chisporroteo de la lumbre.

La señora de Arnoux acababa de volverse á sentar, al otro extremo de la chimenea; se mordía los labios temblando; alzó sus dos manos, y escapándosele un sollozo se echó á llorar.

Se colocó Federico en la silla baja, y con voz cariñosa, como se hace con una persona enferma, dijo:

—No dudará usted que participo...

Ella no contestó nada, pero continuó con sus reflexiones en voz alta:

—Bien libre le dejo; no tenía necesidad de mentir.

—Ciertamente—dijo Federico.

Eso eran consecuencias de sus costumbres,



sin duda; no habría reflexionado seguramente... y quizás en cosas más graves...

—¿Qué ve usted, pues, que sea más grave?

—¡Oh! nada.

Federico se inclinó con sonrisa obediente. Arnoux, sin embargo, poseía ciertas cualidades; amaba á sus hijos.

—Y hace todo para arruinarlos.

Eso provenía de su carácter lijero, porque, en fin, era un buen muchacho en el fondo.

—¿Y qué es lo que quiere decir eso de un buen muchacho?

Defendíale así, de la manera más vaga que podía hallar, y á la vez que la compadecía, se alegraba y deleitaba en el fondo de su alma. Por venganza ó necesidad de cariño, se refugiaba en él; sus esperanzas, desmesuradamente aumentadas, reforzaban su amor.

Jamás le pareció más atractiva, tan profundamente bella. De cuando en cuando una aspiración alzaba su pecho; sus dos ojos fijos parecían dilatados por una visión interior, y su boca permanecía entreabierta como para entregar su alma. Alguna vez apoyaba en sus labios fuertemente el pañuelo; ¡cuánto hubiera él dado por ser aquel pequeño pedazo de batista húmedo de lágrimas! A su pesar, miraba á la cama, al fondo de la alcoba, figurándose su cabeza en la almohada, y lo veía tan perfectamente, que te-

nía que contenerse para no estrecharla en sus brazos. Bajó ella sus párpados, apaciguada, inerte. Entonces aproximóse más, é inclinándose sobre ella, examinó ávidamente su rostro. Un ruido de pasos sonó en el corredor, era el otro; le oyeron cerrar la puerta de su cuarto. Federico preguntó por un gesto á la señora si iba á buscarle.

Contestó ella «sí» por el mismo procedimiento; y aquel cambio mudo de sus pensamientos era como un consentimiento, un principio de adulterio.

Arnoux, estaba para acostarse y se quitaba la levita.

—Y bien ¿cómo está?

—Mejor—dijo Federico.—Eso se pasará.

Pero Arnoux se hallaba apenado.

—No la conoce usted. Tiene ahora unos nervios...! ¡Imbécil de dependiente! Vea usted lo que es ser demasiado bueno. Si no hubiera regalado ese maldito chal á Rosannete.,

—No lo sienta usted, porque le está á usted lo más agradecida posible.

—¿Lo cree usted?

Federico no lo dudaba; y la prueba era que acababa de despedir al tío Oudry.

—¡Pobrecilla!

Y en el exceso de su emoción, quería Arnoux ir á su casa.